UN EJEMPLO DE SINCRETISMO ANDALUZ

Antonio Gala

Hay una palabra (ya que os hablo a vosotros, profesores de español) que resume buena parte de cuanto amo y cuanto necesito. Es el verbo comunicar. Significa hacer a otro partícipe de lo que se sabe o se tiene; manifestar o descubrir alguna cosa; conversar de palabra o por escrito; transmitir y contagiar sentimientos; consultar con otro un asunto tomando su parecer... Es decir, casi todo lo que amo o necesito. La comunicación más alta posee la gracia de despertar en otro el sentido de quién es y contribuir a que se reconozca. De ahí que se asemeje tanto al amor: un trabajo que contribuye a que otro se realice y que a la vez realiza a quien lo hace. Es tal reciprocidad, tal fructífero vaivén lo que mueve a escribir. Para que la comunicación brote son necesarias personas diferentes, pero comprensibles, y, al menos, el asomo a un idioma común. Un idioma que consiste en mucho más que un vocabulario. Si vosotros no estáis ahí, no puedo hablaros: no estoy yo aquí tampoco; no hay vibración del aire que me lleve, entero y verdadero, a vuestro oído.

Sin cesar se repite que una imagen vale más que mil palabras, como si no fuesen éstas las que suscitan la imagen, y la imagen sin palabras un fogonazo que pronto se diluye en lo oscuro. Como si, para decir esa frase, no se necesitasen siete palabras. Porque, ¿qué es un objeto sin el vocablo que lo denomina? Algo huérfano, intransmisible de una mente a otra salvo a través de una confusa descripción. El idioma es un vehículo: pero ¿sólo un vehículo? También un sistema circulatorio de raíces y arterias por donde se nos incorpora la antigua sangre que nos precedió. Una vía de comunicación, sí, pero también una vía de conocimiento. Y una compañía infinita. El amor no se elige, ni la muerte, y tampoco el idioma. En la lengua nativa nos adentramos como en un paisaje, como en un jardín hermoso y complicado, en una patria. Porque *es* una patria. Allí está no sólo la precisión de las palabras, sino su intrasignificado y su disfraz pocas veces unívocos, a pesar de que el mayor milagro del ser humano haya sido inventar el idioma que sirva para entenderse, no para esconderse detrás de las palabras como a menudo hacemos. En la lengua natal reside su cohorte, que es la memoria colectiva-subterránea a menudo, pero sobreentendida-, su transfondo y el mundo alrededor y el común subconsciente. Qué difícil enseñar, de veras, un idioma.

Y es que todo lenguaje es el signo que caracteriza a cada especie. El lenguaje oral del hombre lo define: por él sale de sí mismo y entra en el que lo escucha. Y, cuan-

ACTAS XLI (AEPE). Antonio GALA. Conferencia inaugural: Un ejemplo de sincretismo andaluz
Centro Virtual Cervantes

do el lenguaje es escrito, por encima de geografías y de cronologías, sale de sí quien lo escribió cada vez que un lector lo reclama.

En España se hablan distintas lenguas. Yo entiendo algunas, pero poseo sólo el castellano. Aunque sea más exacto decir que él me posee. Cuando he vivido en países extranjeros, me refugiaba cada noche en mi idioma como quien vuelve a casa; leía en voz alta, en un diálogo con ausentes y muertos, y escribía, como en defensa propia, mi mejor castellano. El misterio de la palabra es ser lo que designa. Para mí el nombre es esencial: como la forma, para los escolásticos, da existencia a la cosa. Una palabra es representación, pero una representación imprescindible: no contingente en cada idioma, sino necesaria. ¿Cómo, entonces, no voy a amar el castellano sobre todas las cosas, si él está en el principio de cada una de ellas?

Del castellano yo no opino. Ni bien ni mal. No puedo. Es mi padre y mi madre. No lo hago yo, él me hace. Y así lo amo: haciéndome. En su largo exilio escribió Cernuda: "No he cambiado de tierra, / porque no es posible a quien su lengua une, / hasta la muerte, al menester de poesía". Y casi al morir ya: "En nuestra lengua escribo, / criado estuve en ella, y, por eso, es la mía / a mi pesar quizá, bien fatalmente". No se elige un idioma. Igual que un apellido, no designa tan sólo al que lo lleva, sino a una genealogía. Me alegra, sin embargo, pensar que el castellano hablado se hace en mi Andalucía más confortable y más casero; al cruzar a Canarias, se recuesta y dormita; en América ya, se tumba y se demora y paladea. Pero es el mismo siempre; nos guste o no. Y no tenemos otro de momento. Como en la declaración de mi *Abderrahmán* sobre mi *Azahara*: "Si yo pudiese mandar en mi amor, quizá no la querría; pero a tanto no llega mi poder. No la amo porque sus labios sean dulces, y brillantes sus ojos, y sus párpados suaves. No la amo porque entre sus dedos salte mi gozo y juegue como juegan los días con la esperanza. No la amo porque su cuerpo sea para mí la única primavera. No la amo porque, al mirarla, sienta en la garganta el agua y al mismo tiempo una sed insaciable. La amo sencillamente porque no puedo hacer otra cosa que amarla".

Yo, con todo mi corazón, cuando veo un pájaro o veo una flor, quisiera oír también su nombre. Pido, como Juan Ramón Jiménez: "Inteligencia dame / el nombre exacto, y tuyo, / y suyo, y mío, de las cosas". Uno solo, porque es el pájaro mismo o la flor misma. "¿Cómo se llama aquí este pez? ¿Cómo llamáis aquí a esta hierba?", pregunto siempre allá por donde voy. Y así parece que me los llevo al irme. No se puede escribir en una lengua por la que no nos sintamos poseídos. Y ser poseído no es sólo conocerla, sino sentirse penetrado, y penetrar en ella como en un bosque. En él nacimos y nos envuelve; lo reconocemos, lo venteamos, lo intuímos. A él estamos habituados: a sus inagotables andurriales, a su regocijo, a su esplendor sombrío o deslumbrante, a sus sorpresas que a veces adivinamos y a veces nos desconciertan y conmueven.

Por Andalucía han pasado prácticamente todas las culturas occidentales; con unos admirables jugos gástricos, Andalucía ha digerido todas, ha asimilado todas. Ustedes conocen la Mezquita de Córdoba; para transformarla en Catedral, con la autoriza-

ACTAS XLI (AEPE). Antonio GALA. Conferencia inaugural: Un ejemplo de sincretismo andaluz
Centro Virtual Cervantes

ción del emperador Carlos V, se quebrantó su cuerpo islámico con un crucero católico. Desde entonces fue una sultana con muslos de emperador. Por eso yo la he elegido como símbolo para hablaros hoy del sincretismo andaluz (tan contrario a lo que sucede ahora en el Próximo Oriente), del idioma y de mí.

Porque si tuviera que señalar el monumento –contados los humildes y los maravillosos– que más ha influido en mí, elegiría sin dudarlo la Mezquita de Córdoba. Mi vida habría sido muy distinta si no se hubiese abierto y florecido en Córdoba, o si Córdoba no conservara, como un estuche, su Mezquita. No me es posible hablar sobre ella con objetividad: lo subjetivo se me interpone siempre. Ni con sabiduría, ni con erudición: otros lo hacen; de ellos he aprendido; pero no es misión mía. No soy historiador. No soy arabista. Sólo puedo hablar con amor y recuerdos.

En mi infancia predominó sobre la Mezquita la Catedral. Veo a un niño, en la fresca penumbra que sigue a los oficios religiosos, separado del grupo, admirando de uno en uno los sitiales del coro, los símbolos evangelistas de los ambones, las lámparas de plata, el distante y apagado brillo de los retablos; temeroso ante los rincones en sombra; sobrecogido por extrañas presencias entonces no identificadas. Un niño al que atraían y asustaban los ecos de pasos no advertidos, de voces sin origen preciso. Un niño sumergido en aquella inmóvil piscina misteriosa, a la hora de la siesta durante el verano, mientras un sol omnipotente flagelaba las calles. Un niño impasible ante los grandiosos ritos, demasiado plúmbeos para él, cuyos ojos huían, fuera del crucero recamado y barroco, a las columnas testimoniales. (Pero testimoniales, ¿de qué? El niño no sabía.) El presentimiento de una familiaridad antigua y extirpada; la certeza contradicha de un secreto; algo que se ocultaba y que se manifestaba, a pesar de los gestos habituales, en la sangre del niño –bendecido, arrodillado, santiguado–, como si estuviese infringiendo una norma cuando rubricaba otra. (¿Cuál, cuál? El niño no sabía; pero una desazón aleteaba en él.) Prefería el silencio. La Catedral callada. Sin ceremonias, sin órganos, sin rezos. El niño la encontraba más religiosa así... O desde fuera. Desde el Patio de naranjos. (Luego puse en boca de Azahara: "Recuerdo la primera vez que te vi. Fue en el patio de naranjos de la Gran Aljama: un lugar que era el corazón de Córdoba cuando Córdoba era el corazón del mundo. Y tú, el primer califa Omeya independiente de Bagdad. Convivían aquí todas las razas, todas las religiones. Venían sabios de Persia y de Bizancio, alarifes de Damasco y Alejandría, músicos y poetas de los rincones más remotos. Y Córdoba, asombrada y asombrosa, asimilaba todo. Eras el rey del más culto y más libre de los reinos: donde el luto era blanco. Y la bandera... Sucedió una mañana. Yo oía aquí, asustada, hablar tantos idiomas... Se escuchaban las campanas mozárabes y las voces de los almuédanos. El aire olía a la flor del azahar... Era un mundo tan nuevo para mí, que llegaba desde las nieves de mi sierra. Y llegaba en abril, cuando a la sombra de tus triunfos, alrededor del patio, administraban justicia los alfaquíes y sabiduría los maestros; los adinerados pujaban en subastas de códices y extrañas obras de arte; recitaban los jóvenes versos de amor; leían, con las piernas cruzadas, al sol, los eruditos; tañían y cantaban las esclavas canciones de sus tierras; erguían las bailarinas sus

ACTAS XLI (AEPE). Antonio GALA. Conferencia inaugural: Un ejemplo de sincretismo andaluz
Centro Virtual Cervantes

pechos en la danza... Yo lo miraba todo consternada, igual que una cordera aguardando el cuchillo... Tenía quince años y olía el aire a la flor del naranjo... Te vi sereno y dulce. Pensé: `Así debe ser Dios'".

En mi adolescencia predominó sobre la Catedral la Mezquita. Enmudecida y poderosa, muerta y superviviente. La adolescencia suele estar del lado de los triunfantes; la mía estuvo del lado de los perdedores. Aún hoy lo sigo estando. El niño aquel, por fin, supo. Comprendió los fantasmas; reconoció los ecos del pasado; percibió que el progreso era el regreso a veces. Se prosternaba fuera de los bancos, sobre las losas, entre las columnas, sin un claro por qué. Quizá para salirse de la contradicción, para librarse de una batalla que no era suya aún... (Luego puse en boca de Averroes, juzgado por los ortodoxos irreconciliables: "Compadezco a los andaluces desterrados. Quizá ningún otro hombre se marchite tanto como el andaluz alejado de su cielo original, de su tibieza, de su aroma, de su júbilo, de su sentido exacto de la vida y la muerte..."

Después ya eligió el adolescente su batalla y su campo de batalla, en tanto en cuanto un hombre puede hacer tal elección. Comprobó que somos los que hemos ido siendo, no los que fuimos, ni lo que aspiramos a ser, ni tampoco lo que aparentemente somos. Somos el resultado de lo que se construyó y se destruyó y se reconstruyó; el producto de innumerables iniciativas y fracasos innumerables. Nuestra historia es más larga que nosotros. Andalucía estaba ya presente dentro de mí: ilesa y malherida, ultrajada e imperturbable, mendiga y portentosa. Andalucía, eterna fusión de los contrarios, conquistadora de sus conquistadores. (Por eso escribí: "Soy partidario de que la Mezquita-Catedral se dedique a lugar de oración de las tres grandes religiones que fueron prueba viva de los caudales de convivencia y tolerancia que Córdoba marcó. Las ortodoxias son exigentes y sangrientas; las exclusiones, fratricidas; los fanatismos concluyen en el asesinato. La decadencia cordobesa comienza con los almorávides y los almohades, que traen por enseña su estricto dogmatismo. Consérvese para adorar lo que para adorar se fundó. Porque la gloria de cualquier Dios han de dársela hombres, y cualquier Dios, para serlo, ha de ser más grande que nuestro corazón.").

Hoy la sola palabra que expresa para mí el sentido de la Mezquita es la palabra concordia. En la Córdoba de todos, está la Mezquita dándonos su lección doce veces secular: la lección primera que debemos aprender de memoria con los labios y el corazón y la cabeza. Las copiosas columnas sostienen su techumbre: unas más bellas que otras; alguna con su leyenda en su piedra estampada; procedente la mayoría de iglesias y basílicas anteriores, o llegadas de lejos, y otras, plantadas con apresuramiento, sin la majestuosa meticulosidad de sus hermanas... Pero sí hermanas todas. Pero entre todas manteniendo erguido el edificio andaluz, disponibles su genealogía y su hermosura... Pocas cosas hay perennes, y pocas tan efímeras como nosotros mismos. Por eso, junto a los zócalos de la Mezquita, miro hoy la Sierra y miro el Río, testigos de cuanto entre ellos transcurrió: el brillo y la ceniza, el hombre y su grandeza o su derrota, la ciudad bienamada.

ACTAS XLI (AEPE). Antonio GALA. Conferencia inaugural: Un ejemplo de sincretismo andaluz
Centro Virtual Cervantes

El día 2 de abril de 1978 puse el prólogo a un ilusionado Congreso de Cultura Andaluza en medio de ese palmeral de columnas. La mía fue la primera voz civil que se alzó en él a lo largo de los siglos. Fue un momento de con fusión y de con sentimiento: es decir, sentí y me fundí con quienes a mi alrededor vibraban y con cuanto a mi alrededor permanecía. Supe que no importamos de uno en uno, pero que somos los herederos universales de los que nos antecedieron adorando allí, y hemos de legar a nuestros herederos los lugares de nuestra adoración. Felicitémonos por ello también los unos a los otros. Estamos los que estuvimos; los que estaremos ya estamos. Acaso ahí resida el secreto que el niño no entendía. Y la causa de que, sobre aquel instante, yo escribiera:

"Se encarama la voz por las columnas;
llueve, desde los arcos, sobre el pueblo.
Mía, sólo la voz; el resto, suyo.
También suya mi voz, y de los dioses,
en el lugar sagrado
donde aprendió el poder a inclinar la cabeza.

La queja del almuédano
sobrevuela aún el río, la ciudad,
el tiempo, la gracia y la desgracia,
el obstinado deseo de vivir...

Fuera, la tarde con su rumor erecto,
el ciprés y el naranjo fraternales.
Dentro, el aire espeso y cálido,
como una alcoba en que se ama,
y la radiante llave de la vida.

Mi palabra tremola, dentro y fuera,
igual que una bandera verde y blanca."

Os lo he dicho: no soy historiador. No soy arabista. Acepto la evidente política de hechos consumados que la Historia nos obliga a aceptar. No sólo no elucubro sobre lo que hubiera podido suceder de no haber sucedido ciertos hechos, sino que ni siquiera me atrevo a escuchar la cantilena de mi viejo personaje de *Las cítaras colgadas de los árboles*: "Nunca debió conquistarse Granada". Es decir, creo que la Historia puede ser pendular, pero no retrocede. Sin embargo, está ahí.

Por eso me irrita que no se comprenda por algunos cuánto significó para el mundo la presencia del Islam en España; cómo su repentina aparición dio un vuelco trascendente y ya inmodificable a nuestra contextura y a nuestro devenir; hasta qué punto los ocho siglos de nuestra cohabitación no son susceptibles de interpretarse como dirigidos a expulsar al Islam. Eso es una falacia. Primero, porque no se puede llamar reconquista a una actividad que dura tanto tiempo. (En cinco años, a partir de 1808, pu-

ACTAS XLI (AEPE). Antonio GALA. Conferencia inaugural: Un ejemplo de sincretismo andaluz
Centro Virtual Cervantes

simos nosotros de patas en la calle a los franceses; en diez, nos pusieron los americanos a nosotros.) Segundo, porque ni los árabes tuvieron una voluntad invasora de toda la Península, ni los visigodos tomaron la recuperación de ella como razón de ser. Y tercero y más importante: es inútil luchar contra lo que está dentro de nosotros, contra lo que *es* nosotros: lo español, sin el Islam, resulta inexplicable. La Historia es la convivencia: no es sólo las guerras, sino –sobre todo– las paces: lo que florece en la mesa familiar de la paz. No es el matrimonio de unos reyes, ni la ambición de unos cuantos y el sufrimiento de otros, ni un protocolo, ni un ceremonial: es sencillamente la vida.

Y la vida, por encima de lo demás, acaso consista en dos cosas: la tradición y la proyección, o sea, el pasado activo y el futuro. Y ambos se edifican sobre otros dos conceptos: la amistad que es la convivencia, y la cultura que es la creatividad. Tales conceptos, base de cualquier alianza, son precisamente lo contrario de la destrucción.

La amistad como sentimiento de última concordia, que salva las fronteras, las razas y los tiempos. Como sentimiento en que se fundan las más altas edificaciones humanas, los más sutiles intercambios, las fusiones imperecederas. Una amistad y una convivencia, ésta hispano-árabe, ésa, hispano-judía, o aquella hispano-americana, heredada y consanguínea, imperturbable y lenta, que se ha desarrollado a la vez que nosotros, y fabricó sus nidos en las inolvidables ramas de la sangre. Una convivencia honda como los siglos, hecha de peleas y abrazos, sobre un difícil y depurado entendimiento. Una amistad violenta que se quedó en la tierra de al-Andalus y en la hispano-americana para siempre: en su idioma casi bilingüe, en sus maneras, en sus ideales y en sus emociones. Una amistad que, al ser posible, constituye la mejor prueba de que al-Andalus y Sefarad y la América soñada –esta al-Andalus y esa Sefarad y aquella América que llegaron a nuestras manos– son posibles también.

Y la cultura. Siempre he creído que el esplendor del milagro andalusí es consecuencia de un enamoramiento, como cualquier milagro debe serlo; de una mutua fascinación. Durante 2.000 años, los judíos consideraron a Sefarad su tierra prometida. Y los árabes estuvieron circundados secularmente por pueblos helenizados y romanizados. No es sólo Siria quien los configura, sino la India, la Bactriana o Persia. Y, al adentrarse en Andalucía, redescubren a Roma: su orden, sus monumentos, su *alma mater*. A cambio, Andalucía recobra con los árabes su perfume oriental: lo que tuvo con Tartesos, con Fenicia y con Cartago. Tal encuentro de segundo grado, tal complejo y múltiple mestizaje, es lo que fructifica, redondea e insemina. Lo que facilita que en el extremo Occidente –de entonces– se dé, sin sorpresa, la bienvenida a Hipócrates, a Tolomeo o a Galeno; que santo Tomás conozca a Aristóteles a través de Averroes; que se inicie el camino de la ciencia europea por el chispazo que brota del contacto permanente entre el Cristianismo y nuestro Islam; que tiemblen ya las primeras luces del Renacimiento, cuyo mediodía no se alcanzará hasta siglos después. Esta es la gran herencia –y el grave deber– de nuestra tradición. Vosotros, profesores de español, lo podéis probar, defender y acariciar cada día.

ACTAS XLI (AEPE). Antonio GALA. Conferencia inaugural: Un ejemplo de sincretismo andaluz
Centro Virtual Cervantes

Al-Andalus es el lecho donde lo germánico y lo arábigo y lo hebreo procrearon con mayor naturalidad y mejor resultado. Eran culturas distintas, pero las tres se olvidaron un poco de sí mismas ante un anhelo idéntico: afirmarse sobre unas tierras que habían recibido una cultura previa y superior. De ahí que, en el momento de su ápice, el Islam dé en España un ejemplo de tolerancia y amistad –sobre razas, sobre lenguas, sobre religiones–, derrochando encendidos raudales que –ojalá sea así– aún no se han extinguido. Esa es también la gran herencia –y el grave deber– de nuestra tradición. De la mía andaluza, pero también de la vuestra, seáis de donde seáis, porque amáis tanto un idioma que brota de vosotros hacia fuera.

No obstante, ni la convivencia ni la creatividad son cosas que deban jamás darse por supuestas. Sin ejercicio, sin intercambio, sin ósmosis, se agotan. Su dilema es crecer o morir. Y no les basta con vagas proclamas, ni mustios reconocimientos. Un organismo vivo no se alimenta de recordatorios: necesita sustento, luz, aire, compromisos, mudanzas, proyectos, sentimientos. Sin futuro, el pasado no es nada; y menos aún, el presente. Descansar sobre el pasado sólo sirve para levantarse después y hacer nueva andadura; quedarse inmóviles en él es peor que olvidarlo. Tal es, en el fondo, la justificación y tal es el proyecto de este congreso vuestro.

Porque, hemos de asemejarnos a los dioses bifrontes, uno de cuyos rostros aprendía del pasado mientras el otro encaraba el porvenir. Ahí residen la ventaja y el riesgo. No estamos solos. No todo ha de ser improvisado. Nuestros gestos son gestos de recuperación. Porque nadie puede avanzar sino recordando, no hay futuro que se construya sobre el olvido y el desdén. Yo, si sirvo de ejemplo, soy un andaluz de hoy, y procuro mirar las cuestiones con independencia y objetividad; pero traigo el nombre de los Omeyas cordobeses sobre mi alma, el nombre de los Abadíes sevillanos sobre mi frente, el nombre de los Nazaríes granadinos sobre mi corazón.

Al-Andalus tiene la costumbre –entre la aventura y la desventura: entre el hacerse, el deshacerse y el rehacerse– de la universalidad. Y tiene la misión histórica de ser, como lo ha sido siempre, creadora de puentes, es decir, pontífice en estricto sentido: el puente entre Europa y el Islam, el puente entre España e Israel, el puente hacia América, el puente entre el ayer y el hoy, cuyo fruto es ya mañana.

Éstas son las razones, éstos son los poderes del congreso que celebráis. Sus obras han de ser cumplidas con entusiasmo, con ilusión, y con la certeza de que son la vía más recta para que los pueblos a que pertenecemos, aumentando su recíproco conocimiento, acrecienten su amor. Un amor que no consiste en mirarse perennemente uno a otro, sino en mirar algo común.

De vosotros depende, en buena parte. Cumplidlo y compartid la alegría. Muchas gracias.

Antonio GALA

ACTAS XLI (AEPE). Antonio GALA. Conferencia inaugural: Un ejemplo de sincretismo andaluz
Centro Virtual Cervantes

PARTE II

En el aniversario del nacimiento de Picasso

Centro Virtual Cervantes